

V. Blasco Ibáñez,
Galería popular: Nicolás Salmerón
(*El Pueblo*, 7-11-1897)

Si Mirabeau resucitara y oyese un discurso de Salmerón, es indudable que le abrazaría con el entusiasmo del que inesperadamente se encuentra con un hermano.

La grandilocuencia de la frase, la profundidad del pensamiento, la ironía sutil y la altivez y arrogancia con el enemigo, principales cualidades del famoso orador francés, las tiene Salmerón en todos sus discursos.

Apóstrofes como aquel tan hermosamente soberbio: «¡Callen esas treinta voces!», dirigido por Mirabeau a los realistas, los ha tenido Salmerón a docenas en el Parlamento, increpando y anonadando a las mayorías monárquicas.

El valor de Salmerón cuando ocupa la tribuna no tiene límites. Él solo ha retado a toda una Cámara de servidores de la monarquía que roncós de protestar le amenazaban con los bastones; su persona aislada y noblemente erguida, ha hecho frente a todo un *meeting*, que perturbado e interpretando mal sus intenciones, intentaba hacerle callar con amenazas de muerte.

En la oratoria europea no hay figura tan hermosa, tan artística como la de Salmerón.

Cuando comienza un discurso inclínase su cabeza como si no pudiera resistir el peso de la poderosa máquina del cerebro que comienza a funcionar, y su expresión de recogimiento, su mirada vaga, la luz que parece emanar de su frente bronceada, le dan la apariencia de un apóstol de los primeros tiempos del cristianismo; pero pronto se caldea su voz, las palabras saltan sobre el ardiente discurso como las chispas de una hoguera, la sangre meridional hierve y se agolpa excitando su imaginación, yergue su varonil cabeza, flamean sus ojos todos pasión y su enjuta figura de hermoso africano, agitada por los estremecimientos del entusiasmo, hace recordar a aquellos poetas árabes que, trémulos de inspiración, llamaban a la pelea al belicoso pueblo del profeta.

Allá donde vaya Salmerón, solo necesita para imponerse que le dejen hablar. Cuando por primera vez se sentó en las Cortes, en tiempos de Amadeo, Castelar, Pi y Figueras tenían ya su reputación hecha; pero habló después de estos en la discusión sobre la Internacional, y le bastó una sesión para sentar plaza de primera figura en la República.

Como sabio, como profesor poco hemos de decir de él. Todo el mundo sabe que España le debe su educación filosófica.

Como hombre, Salmerón tiene un mérito algo raro en estos tiempos. Sus actos están siempre en consonancia con sus ideas.

Separado por sus creencias de toda religión positiva, Salmerón, consecuente con sus principios, en todos los actos de familia ha prescindido de la Iglesia, obrando con esto muy al contrario de ciertos correigionarios que, incrédulos particularmente, se despepitan en aparecer los primeros devotos y halagan todas las invenciones del jesuitismo por lo mucho que esta abdicación produce.

Joven todavía, vigoroso, invencible y dispuesto a toda clase de sacrificios para lograr la completa concentración de los republicanos, Salmerón es el hombre indicado por las circunstancias para ser quien más haga por la República.

Nosotros, que no podemos ser sospechosos, pues hemos vivido alejados de él, somos los primeros en reconocerlo.